





COPA A COPA



Grupo Letras y vinos

COPA A COPA



Primera edición: diciembre de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Grupo Letras y vinos

ISBN: 978-84-18958-96-0

ISBN digital: 978-84-18958-97-7

Depósito legal: M-35747-2021

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España





# ÍNDICE

PRÓLOGO .....	11
HELICÓPTEROS Atocha Aguinaga.....	15
LA ESPERA Atocha Aguinaga .....	19
VESTIDOS EMBOTELLADOS Patricia Balán.....	25
BODEGÓN PERFUMADO Patricia Balán .....	31
CRISTALES ROTOS María Crespo .....	35
NACIMIENTO María Fuentes Ferrón.....	39
CEMENTERIO María Fuentes Ferrón.....	43
TRES BRINDIS Y UN BUEN TRAGO Josefina García...	47
ESCRITURA PELIGROSA Pilar Gómez Mur.....	63
EL SILENCIO DE LOS MAPAS Ángel Martín .....	81
LA CIUDAD DE BRONCE Ángela Plaza.....	89
MANCHA Ángela Plaza.....	95
CÓMO LLEGAMOS A ESTE PUNTO	
María Pons-Sorolla.....	107
ESTADO DE ALARMA Margarita Rivas .....	117
RAÍCES Ángela Solano Yáñez.....	131
LAS LÁGRIMAS DEL VINO Ángela Solano Yáñez ....	137
VERTEDERO DE PALABRAS Cristina Victoria..	145
HUIDA HACIA ADELANTE Cristina Victoria.....	151
PARTICIPANTES.....	155



## PRÓLOGO

«Vino, enséñame el arte  
de ver mi propia historia...».

JORGE LUIS BORGES

*Soneto del vino*

A veces pienso que la escritura es como un viaje a un lugar del que ya no volvemos iguales. El viaje nos transforma. Con frecuencia, un lugar insospechado, a veces presentido, nunca decepcionante, porque ese lugar es siempre una parte de lo que somos. La escritura es la oportunidad de mirarnos de verdad, de asombrarnos y comprendernos. La escritura es también la soledad. Todo camino artístico es solitario.

Pero como todo viaje, la escritura pide de vez en cuando detenerse y mirar alrededor para encontrar un cobijo donde refugiarnos, un lugar de encuentro con otros caminantes con quienes compartir hallazgos y desfallecimientos, y el pan y el vino que nos ayudan a caminar. Un libro compartido es precisamente ese lugar resguardado en el que los viajeros muestran sus secretos, sus miedos,

su oscuridad mientras chocan sus copas y lloran y brindan por la vida.

«Los viajes son los viajeros. Lo que vemos no es lo que vemos, sino lo que somos». Estas palabras de Pessoa tienen mucho que ver con este libro que tenéis entre las manos, un libro que va de viajes, viajes siempre verticales, de descenso, de perplejidad, de espera, de esperanza, viajes a esos lugares de los abismos, al fondo del sentimiento, al lado oculto de lo cotidiano.

Este libro surge de ese gusto por compartir secretos. Y vino. De las ganas de seguir compartiendo y de la importancia que cada uno da a los viajes de los otros. Un libro es un proyecto y, como tal, una apuesta por la vida. «Se escribe para dar la vida, para liberar la vida allí donde está presa, para trazar líneas de fuga», decía Derrida.

Pero para que esa vida respire y tenga cuerpo, han hecho falta muchas horas de paciencia y de obsesión. Además de una gran mochila llena de cachivaches que han permitido el camino: botas de repuesto y linternas y brújulas y hasta mapas estelares y del subsuelo.

El material del escritor es el material de la vida y usando la vida sin pudor es como estos escritores, los autores de este libro, han construido sus ficciones.

En esta puesta en común, se amplía un poco la visión del mundo de cada uno; en este compartir experiencias, se hace más grande la aventura; el escritor sale de su torre de artista y se mezcla con los otros caminantes, que arrastran una misma soledad. «El artista se forja en ese ir y volver perpetuo de él a los otros, a mitad del camino de la

belleza, de la que no puede prescindir, y de la comunidad, de la que no puede apartarse», dijo Camus en el discurso de recepción del Nobel.

Para hacer este libro, también han sido precisos el entusiasmo y la ilusión con la que cualquier viajero emprende su camino, siempre somos Odiseo soñando con alcanzar su Ítaca. Sin el deseo, tampoco hay viaje.

Sabemos que hay muchas maneras de vivir esta aventura, cada uno ha de hacerlo a la suya, cada uno desde su propia verdad, desde su propio compromiso.

En *El libro del desasosiego*, Pessoa se pregunta que para qué sirve viajar. ¿Que para qué sirve viajar? ¿Y viajar con las palabras?

Las palabras. No encuentro mejor modo de oír nuestra propia voz, de oír otras voces, de ampliar un poco nuestra celda, de ver que el mundo es algo más que nuestro propio temblor. El camino más corto para llegar a los otros puede que sea la palabra. La palabra y el vino, a quien Borges atribuía el poder de enseñar a vernos de verdad.

¡Brindemos!

GLORIA FERNÁNDEZ ROZAS

Enero 2021



# HELICÓPTEROS

Atocha Aguinaga

Es la primera vez que bebe por la mañana. Juana se sienta a esperar con el vaso entre las manos. Bebe despacio un sorbo de tinto, Corinto, como casi siempre; todavía quedan en la despensa frascos y frascos de vino que él nombró con una etiquetadora escolar, la tira de plástico bajo la rueda de letras. Aún lo oye, clac-clac, Espiritoso; clac-clac, Morapio; clac-clac, Bermellón, Corinto, Escarlata, Rubí.

Mira por la ventana. Sentada en la butaca, consigue que no vuelque el vaso sobre su regazo, a pesar del temblor de sus manos. Bebe un sorbo y respira profundamente. La calidez en la boca y el gusto a fruta madura relajan sus músculos y trasladan a Juana a sus 22 años y a su cuarto en la residencia para señoritas del paseo del Cisne, leyendo en su butaca recién tapizada por ella y el portero, envuelta en un olor intenso a naranja que llegaba desde el comedor recién recogido. Cuando leía, y cuando no, esperaba que la avisaran para atender una llamada de

teléfono, de Ricardo o de Emilio, hasta que solo fueron de Emilio. Entonces, la butaca y Juana se mudaron con él allí cerca.

Juana pone el vaso bajo la butaca, la tapicería no cubre las patas, a ella le gusta dejar el vino debajo del asiento. Tendría que encender la luz, hasta casi el verano hace falta en este salón tan umbrío, incluso por la mañana, qué oscuro, se va a asustar la niña... La niña, que ha vivido ya en medio mundo... cómo se va a asustar de la oscuridad, la niña no tiene miedo a nada.

No tiene miedo, ni casa, siempre de país en país, de campamento en campamento, doctora sin bata ni hospital. Las pocas veces que pasa por Madrid, vive con unos amigos. «No paras —le dice Juana—, siempre buscando». «Siempre encontrando», contesta ella. «¿Y para encontrar hay que ir tan lejos?». «Cada uno necesita su distancia para despegar, mira los helicópteros, abuela».

Suena el móvil. «Dime niña... que te retrasas... no, por Dios, tienes que venir cuanto antes... vale, lo arreglas, te espero, sí... que no, que no te lo puedo decir por teléfono... no, no puedo tranquilizarme... date prisa... yo también a ti, adiós, Clara». Juana busca el vaso y bebe. Cuando se incorpora después de dejarlo en el suelo, recuerda a Clarita sentada en su regazo, cuando la cuidaba de pequeña, y la niña, tan atenta, escuchando siempre la misma historia, un cuento inventado, el de las siete puertas, abiertas a países exóticos, mares de colores, un mundo de muñecos, parques de atracciones, aventuras en la selva, barcos pirata y mucho chocolate. Apura el final del

vino echando la cabeza para atrás y se acuerda también de sus hijos de niños, del padre de Clara, boquiabiertos con ese cuento. Eran las tardes de años rodeada de coches, indios y americanos, intentando leer y esperando a Emilio, que siempre llegaba tarde al baño de los chicos, a la cena y al cuento, igual que llegó tarde a los partos, igual que se perdió reuniones de colegio, cuatro adolescencias, descubrimientos psicodélicos, algún corazón destrozado y tropiezos en la vida, y en la alfombra, que luego había que limpiar de rodillas.

Tardes y tardes esperando nada, dándole vueltas a la cabeza. Terminaba agotada, tanto que empezó a tomar pastillas porque no conseguía dormir de tan cansada y de tanto runrún. En aquellas esperas, hablaba sola, allí con su vino. Mira que si pasara ahora mismo Ricardo por aquí delante de la ventana... Y Juana volaba a los bailes y a las promesas, y elegía otra vida. Entonces llegaba Emilio. A las tantas. Trajinaba con sus vinos en la cocina y aparecía torpe, insistente, denso. «Habrás que acostarse, Juanita». Y se iba a la cama. Ella hacía tiempo en el baño. Algunas noches se lo encontraba dormido y se iba directamente al cuarto de los pequeños, que seguían llamando así, aunque hacía tiempo que no había hijos en la casa. Las otras veces, para no tenerla, terminaba acudiendo y que la encontrara en la cama si la buscaba. Hasta que decidió darle un empujoncito para asegurarse de que se durmiera. Fue entonces cuando Juana empezó a disolver unas cuantas de sus pastillas para dormir en las botellas de vino, en todas, salvo en la de Corinto. Llegaba Emilio y desde la sala

Juana le gritaba: « ¡Ponte un Corinto...! ». «Qué Corinto, ni qué Corinto, me pondré lo que me dé la gana». Y así una noche, y otra, y muchas. Con solo un par de vasitos, Emilio desaparecía de su vida hasta el día siguiente, desde entonces y hasta ayer.

Esta mañana, Juana se ha levantado tarde. Tranquilamente, ha abierto la ventana del cuarto de las literas, el tiempo justo para hacer la cama, y ha ido a la cocina a preparar el café. Al lado de la pila, dos frascas de Bermellón vacías. Ha corrido al dormitorio. Emilio estaba tapado hasta la barbilla, la boca entreabierta. Juana tocó su brazo, lo sacudió, nada. No se atrevió a poner su oído en el pecho de él. Ha ido al baño a por el espejito que usa para depilarse las cejas y se lo ha acercado a Emilio a la boca. Nada. Entonces llamó a Clara, que está de paso en Madrid.

Al fin suena como una chicharra el telefonillo. Pero Juana tarda en darse cuenta por el ruido que hace un helicóptero encima de la casa.

## LA ESPERA

Atocha Aguinaga

Un hombre y una mujer son los únicos clientes del bar esta tarde. Ocupan mesas contiguas, pero no se miran. Ella clava la vista en su mano derecha. Los dedos blancos por la fuerza innecesaria sobre el vidrio hacen más rojo el vino. Bebe un sorbo cerrando los ojos. De vuelta a la mesa, las manos se entretienen con el servilletero. Ha elegido la mesa más resguardada, la última de las tres que hay paralelas al gran ventanal; detrás de ella, solo la pared desnuda del fondo de la sala. Desde la mesa de al lado, el hombre, con un café recién servido, mira a la calle por la que no pasa nadie.

Hace calor fuera, la entrada al bar ha sido agradable para él, dentro de su traje; ella ha notado un escalofrío en la espalda que el vestido blanco de tirantes no cubre, pero ya no parece importarle la temperatura. Casi al mismo tiempo, los dos levantan su brazo izquierdo y miran el reloj. En ese movimiento, ella roza la copa. El mármol de la mesa parece desangrarse, el vestido blanco detiene la

hemorragia. Sin demasiada prisa, coloca capa sobre capa de servilletas de papel, del blanco al rojo rápidamente, como si se quemaran. Ella baja la cabeza y se queda absorta mirando las manchas del vestido.

Recuerda entonces que en el cesto de la ropa siempre había una camisa de su marido salpicada de vino, muy doblada, con lo poco limpio para fuera, como si así desaparecieran las manchas, las visitas al INEM, los silencios de cada día, sin broncas, sin fuerza, y la vida lenta que arrastraban como podían. Los últimos meses Antonio no desayunaba. Se tomaba un paracetamol en la cocina y cogía la bolsa de Mercadona, la doblaba lentamente hasta conseguir que pasara casi desapercibida en su mano y decía adiós ya en la puerta, de espaldas. En cuanto él cerraba, ella abría todas las ventanas de la casa porque no terminaba de irse ese olor que ya no sabía si era de las habitaciones o de su propia nariz, un olor agrio a vinagre, almendras amargas, a pajar húmedo y a corcho. La ventana del cuarto pequeño quedaba abierta hasta la tarde. Empezó cambiando las sábanas cada dos o tres días, al fin y al cabo la ropa de esa cama de 80 no abultaba tanto en la lavadora, pero cada vez le costaba más entrar en la habitación, no limpiaba la mesa con el viejo ordenador donde se suponía que él se conectaba para buscar trabajo y empresas que luego visitaba, ni subía el estor para que nadie pudiera asomarse a la casa desde el patio. No podía reprocharle nada, cada día salía a buscar trabajo como quien cubre un horario laboral, de la mañana a la tarde. Él no contaba lo que comía, dónde iba..., solo decía

«nada», incluso antes de que ella preguntara. Después se rompió el cordón umbilical y desaparecieron las palabras entre el ruido del tráfico que entraba con el aire en la casa. El camino hasta la vida de fantasmas fue tan lento que a ella le cuesta recordar a aquel hombre resuelto, hablador, que andaba como si fuera alto y que la hacía reír. Podrían haber seguido así en una vida de relevos en los espacios, ella en la cocina, él en el cuartito, ella en el salón, él en la cocina, hasta que supo para qué quería la bolsa de Mercadona, dónde iba, lo que hacía.

«Señora, tenga, a ver si se puede dar un poco en las manchas, lo único, que se va a quedar mojado, lo agradecerá cuando salga a la calle; limpio la mesa y le traigo otro vino». Cuando se va el camarero, el hombre de la mesa de al lado interviene: «La mancha de mora roja con una verde se quita, y el vino igual. Prueba a ver... Bueno, perdona, me llamo Miguel y me están dando plantón... Todo esto me recuerda el día que conocí a la familia de mi ex, me presenté con una caja de botellas de vino tinto a la primera comida familiar con suegros y cuñados y en el portal, con un suelo blanco inmaculado, se me cayó la caja y aquello se convirtió en *La matanza de Texas*. Así empezamos, lo tenía que haber visto venir...». Él se pone de pie y se acerca a la mesa de ella, «¿puedo?», ella le mira y no ha contestado cuando ya lo tiene enfrente buscando con la mirada al camarero en la barra que le mira y asiente con la cabeza cuando el hombre levanta el brazo y muestra dos dedos de la mano. «Qué curioso, fíjate que sin hablar ya tene-

mos por lo menos un par de cosas en común, lo que nos gusta el vino y el plantón que nos han dado... De verdad que no hago este tipo de cosas, pero no sé, te parecerá una tontería, tú me dices tranquilamente que no, pero estaba pensando que podíamos hacer algo... ¿Y si fuéramos al cine? A mí me encanta, es que soy muy cinéfilo... Qué cara, dirás, pero no, te lo propongo porque hace mucho calor, no soy ningún perverso... Qué tontería, ¿no? Si aquí se está estupendamente, ¿te han dicho alguna vez que te pareces a Judy Garland?».

Ella no escucha, oye el ruido de fondo de la catarata de palabras, pero su cabeza está en aquel día, en el timbrazo de la puerta, Antonio entre dos policías municipales: «Señora aquí le traemos esta joya... A ver no, ya le explico yo, buenas tardes, no se preocupe que le ha visto el médico en la comisaría, pero tendrán ustedes que hacer algo... si es que ya lo teníamos fichado de verle allí en la parada, pero hoy se ha caído dormido del banco y se ha quedado en el suelo, dio el aviso una vecina suya...». Antonio no apartaba la vista de ella, de sus ojos, se miraban como si se vieran a través del agua, no pestañeaban para que no rebosaran los ojos, para no romper el hilo finísimo que acaban de recuperar. Los policías volvieron a pasar con el coche delante de la parada del autobús donde quedó abandonada la bolsa de Mercadona con uno de los tetrabriks de vino todavía sin abrir. «Con ese piso, la mujer, tan normal... y el tipo este, ahí todo el día, como el que va a la oficina... nunca se sabe, ¿eh?». En la casa quedaron los dos, sentados en el sofá. Antonio no paraba

de hablar. Como hace tres meses, cuando se despidieron en la puerta de la clínica.

«Entonces qué, ¿pedimos algo de picar?». «No, perdona, Miguel, me tengo que marchar... No, yo no estaba esperando a nadie, me esperan a mí y voy a ir».

